tierra y desprecia el cielo; se apega á las criaturas, y mira con indiferencia el servicio de Dios.

P.—¿Cuál vale más, el cuerpo ó el alma?

R.—El alma, con que nos asemejamos á los ángeles y al mismo Dios.

P.—¿Luego el cuerpo debe obedecer al alma?

R.—Sí, padre.

P.—¿Cómo le sentimos rebelde?

R.—En castigo del pecado con que el alma se rebeló contra Dios.

Nuestro cuerpo es de la misma naturaleza que el de Cristo; pero el Señor no tuvo las malas concupiscencias que nosotros. Sin embargo, nos enseñó á sacrificar el cuerpo en bien del alma; y el buen cristiano posterga la carne al espíritu. Los que estiman en más el cuerpo que el alma, y la hacen esclava de los vicios carnales, se hacen semejantes á los brutos y aun inferiores á ellos, porque el bruto, viviendo brutalmente, no se degrada ni peca, y el hombre sí. Como el hombre doma y sujeta al bruto, así nuestra alma ha de sujetar al cuerpo. Antes que el hombre pecara, y su alma se rebelara contra el Criador, la carne obedecía fácilmente á la razón; de modo que Adán y Eva, en el estado de la inocencia y justicia original, no sentían la rebeldía de las pasiones; mas ahora ellas anublan la razón y arrastran la voluntad hacia el vicio, de que son víctimas y esclavos los que no practican la religión, por cuyo medio Dios da fuerzas para que domemos nuestros desordenados apetitos.

LECCIÓN 9.ª

Sobre los artículos de la Santa Humanidad y de la Redención.

P.—¿Cuál de las dos personas se hizo hombre?

R.—La segunda, que es el Hijo.

P.—Decid el Misterio de la Encarnación.

R.—En las entrañas de la Virgen María formó el Espíritu Santo, de la purísima sangre de esta Señora, un cuerpo de un Niño perfectísimo, y criando un alma nobilísima, la infundió en aquel cuerpo; y en el mismo instante el Hijo de Dios se unió á aquel cuerpo y alma racional, quedando, sin dejar de ser Dios, hecho hombre verdadero.

P.—Según eso, María Santísima, ¿es verdadera Madre de Dios?

R.—Sí, padre; de Dios encarnado, con más razón que la madre de un hijo rey es madre del rey.

Sublime sencillez con que Ripalda y Astete pusieron en claro cómo Dios se hizo hombre, y que Jesu-Cristo es á la par hijo de Dios é hijo de la Virgen María; de Dios Padre, en la eternidad y cuanto á la naturaleza divina; de la Virgen, en el tiempo y cuanto á la naturaleza humana. La madre no engendra sino el cuerpo de la criatura, y sin embargo, es madre del niño, compuesto de cuerpo y de alma; tampoco la madre de un niño que nace heredero de un trono, engendra la realeza, y sin embargo es madre del rey; así pues, y mejor aún, María Santísima, por más que no engendra la divinidad, es madre de Dios, porque Jesu-Cristo, su Hijo, es Dios: y dije mejor; porque el Hijo de María es Dios esencialmente. Sólo el Hijo de Dios encarnó, pero el Padre Eterno nos lo dió, y al Espíritu Santo se apropia la virtud con que se formó el cuerpecito del Niño: de suerte que todas tres Personas divinas intervinieron en el soberano misterio de la Encarnación. Este acaeció en Nazaret, pueblo de Galilea, donde vivía la Virgen con su esposo San José; el nacimiento, en Belén de Judá, patria de David, á cuya familia pertenecían los dos santísimos consortes.

P.—¿Cómo nació Jesu-Cristo?

R.—Milagrosamente, como fué concebido; al modo que el rayo del sol pasa por un cristal sin romperlo ni mancharlo.

P.—Y su Madre, ¿vivió siempre Virgen?

R.—Sí, padre; antes del parto, en el parto y después del parto, siempre Virgen.

P.—¿Y no es esto contra la razón?

R.—No, padre; sería contra la razón que al mismo tiempo fuese Madre de Dios y no lo fuese, pero ser Madre de Dios y Virgen, aunque es sobre la razón, es muy razonable.

P.—¿Cómo eso?

R.—Porque si Dios había de nacer, de Virgen había de nacer.

P.—Y San José, ¿no fué padre del Niño Jesús?

R.—No lo fué según la carne; aunque hizo de padre, y padre le reputaban los judíos.

P.—¿Quién puede obrar y comprender tales misterios?

R.—Solamente Dios.

Para el fiel cristiano estos misterios no necesitan mayor aclaración, pero sí merecen ponderarse. ¡Qué amor nos muestra el hijo de Dios, apocándose hasta tomar por nosotros nuestra propia naturaleza! ¡Y qué benignidad haciéndose Niño! Porque pudo no serlo, como no lo fueron Adán y Eva; pero quiso sublimar á María Santísima á la más alta dignidad de que es capaz una pura criatura, y en Jesús y María ennoblecer los dos sexos de nuestro linaje, y que, como una virgen, vana y necia, cual era Eva cuando pecó é hizo pecar á Adán, tuvo parte en nuestra ruina; así otra Virgen humilde y prudentísima, cooperase á nuestra redención; y por fin atraernos hacia sí con más ternura, y asemejársenos en todo, excepto el pecado, que él no pudo tener y de que preservó totalmente á su Madre. Esconde la divinidad en cuerpo infantil; pero la demuestra en la Madre que elige, y en los milagros de su concepción y nacimiento; aquélla fué sin deleite carnal, éste sin dolor de la Madre, cuya virginidad y limpieza, lejos de amancillarse ni empañarse, recibió nuevo esplendor al modo del cristal investido de los rayos solares. Enseñónos así también lo que vale en los ojos de Dios la joya de la virginidad perpetua, engastada en un corazón humilde y

consagrado todo al Señor. Pero, como el mundo por entonces no estaba en disposición de conocer y creer misterios tan ocultos, miró el Señor por la reputación y seguridad de aquella purísima Doncella, manifestando su querer de que se enlazase en matrimonio con un varón santo de su misma familia, que le sirviese de compañero fiel, testigo y amparo. Este fué San José, que también ofreció á Dios su virgidad, y cerciorado del misterio por San Gabriel, sirvió á su Esposa con tanta reverencia como amor, y luego al Niño Jesús, de quien oía llamarse padre, y á quien él adoraba como á Dios, confundiéndose al verse nombrado por el cielo cabeza de la familia sagrada.

P.—¿Cuántas naturalezas hay en Jesu-Cristo?

R.—Dos, divina y humana; como dos entendimientos y dos voluntades.

P.—¿Y memorias?

R.—Una, y humana; porque en cuanto Dios todo lo tiene presente.

P.—¿Y personas?

R.—Una, divina.

Entendido el misterio de la Encarnación, no ofrece dificultad alguna lo que aquí se dice, porque si el Hijo de Dios, sin dejar de ser Dios, tomó ó unió á su Persona divina la naturaleza humana, llamándose así encarnado, Jesu-Cristo; es evidente que este Señor reune en sí cuanta perfección se halla en la naturaleza de Dios y en la del hombre; de forma que como lo propio de una naturaleza lo es de la persona que la tiene, de Jesu-Cristo, que tiene dos naturalezas, se dice con verdad que es eterno y temporal, incorpóreo y corpóreo, y que cuando padeció y murió era impasible é inmortal: lo uno le convenía en cuanto Dios, y lo otro en cuanto hombre. Pero es de saber que el Verbo encarnado recibió en su naturaleza humana gracias que á El convenían, y á nosotros no. El alma de Cristo, desde el primer instante de su ser posee toda la gracia,

dones y virtudes en sumo grado, y siempre gozó de la visión de Dios, sin que ésta impidiese á los sentidos y potencias inferiores el padecer; lo cual era un milagro del poder divino. Así, cuando el Sagrado Evangelio dice que el Niño Jesús crecía en gracia y saber, se entiende en cuanto á la manifestación de esas prendas, y aun si se quiere, en cuanto á la ciencia que llaman experimental. Así también, desde que fué concebido, tuvo completo el uso de razón, pero no lo descubrió hasta la edad común, y se dejaba enseñar como los otros niños; su cuerpo sacratísimo, el más perfecto y accesible al dolor, no sintió los desórdenes ni enfermedades del nuestro, ni hubiera muerto á no haberse querido el Señor entregar por nosotros á sus verdugos.

P.—¿Para qué se hizo Dios hombre?

R.—Para poder morir por el hombre y darle ejemplo.

P.—¿Qué quiere decir: padeció bajo el poder de Poncio Pilato?

R.—Que un mal gobernador de Judea, llamado Poncio Pilato, hizo padecer y morir á Jesu-Cristo.

P.—¿Por qué quiso morir el Señor?

R.—Por redimirnos del pecado, y librarnos de la muerte eterna, que por el pecado merecimos.

El pecado es ofensa contra una Majestad infinita, y por ese lado tiene cierta malicia infinita, incapaz de ser reparada dignamente por ser alguno finito. Quiso Dios por su misericordia sacarnos de ese abismo, pero también por su justicia exigió reparación condigna.

Nadie, sino el Señor infinito, podía darla; y entre otros modos que hubiera hallado su sabiduría divina, escogió el más perfecto y amoroso, al par que para nosotros el más útil. Tomó la naturaleza del ofensor, y una vez humanado, no se contentó, como bastaba, con ofrecer una plegaria ó una lágrima, sino que dió su sangre y su vida por nosotros pecadores, y no con muerte natural, sino en medio de las mayores afrentas

y dolores, en el patíbulo de la cruz. Llevó, porque así lo quiso, una vida humilde y trabajosa en la práctica de toda virtud, para enseñarnos con la obra lo que nos manda hacer, si queremos salvarnos; y lo que nos aconseja, si aspiramos á ser perfectos y santos. Sin Jesu-Cristo, presas del pecado, del demonio y de la desesperación, después de la muerte que ahora llamamos temporal, hubiéramos caido en la eterna. Cristianos, ¡cuánto debemos á este divino Señor! Nada haríamos aunque por El diéramos nuestra vida. Suframos siquiera con paciencia lo que sea preciso para servirle, y evitar la muerte eterna.

P.—¿Qué es esa muerte eterna?

R.—El infierno.

P.—¿Están muertos los condenados?

R.—No están muertos para padecer, pero están muertos para no gozar de Dios.

P.—Decís que bajó el Señor á los infiernos: ¿qué entendéis por infiernos?

R.—Unos senos ó lugares inferiores, en que se está privado de la vista de Dios.

P.—¿Cuáles son?

R.—El primero, el de los dañados ó réprobos; el segundo, el de los niños que mueren sin bautismo; el tercero, el purgatorio; el cuarto, que ya no existe, donde los santos aguardaban el advenimiento del Redentor.

Aunque son cuatro los infiernos, por infiernos se entiende comúnmente el de los condenados ó réprobos, que es muerte eterna; porque los que allí padecen, aunque físicamente viven, pero están para siempre privados de otra vida que vale mucho más, la sobrenatural de la gracia y gloria: con que su estado es mucho peor que si no vivieran ó no hubieran nacido. A los demás infiernos, llamamos limbo de los niños al uno y purgatorio al otro; el seno de Abraham ó limbo de los justos ya no existe. A las almas que allí esperaban el santo advenimiento, sacó Cristo nuestro Señor para llevárselas consigo al cielo, cuyas puertas, una

vez franqueadas en la Ascensión del Señor, se abren á cuantos mueren en gracia en el punto que no tienen nada que purgar. Según común sentir de los Doctores católicos, los infiernos están en lo profundo de la tierra, y más hondo que todos el de los condenados.

P.—¿A cuál de estos infiernos bajó Cristo nuestro Señor?

R.—Al último, que se llamaba seno de los justos ó de Abraham.

P.—¿Cómo bajó?

R.—Con el alma unida á la divinidad.

P.—Y su cuerpo, ¿cómo quedó?

R.—Unido á la misma divinidad.

P.—¿Sabéis un símil para explicarlo?

R.—Si un soldado desenvaina la espada, espada y vaina se separan; pero ambas quedan unidas al soldado.

Jesu-Cristo perdió en la cruz su vida corporal, entregando el alma en manos del Padre celestial, un viernes, el que llamamos Viernes Santo, á eso de las tres de la tarde. El cuerpo muerto, del que no se separó el Verbo divino, lo bajaron, con licencia del mismo Pilatos, dos piadosos varones, José y Nicodemus; lo embalsamaron según uso de aquel pueblo (1); lo envolvieron en una sábana nueva; lo ciñeron con fajas de lienzo, y, así amortajado, lo llevaron con reverencia, y pusiéronle en un sepulcro sin estrenar, abierto en una peña viva; cubrieron luego el divino rostro con un sudario, y cerraron la boca del sepulcro con una enorme losa.

El alma, unida también á la Divinidad, descendió á los infiernos, al modo que un rey visita á veces las cárceles. Es probable que en todos se dejó sentir su presencia, con espanto de los condenados y alivio de las almas del Purgatorio; pero lo cierto es que estuvo esos días en el limbo de los justos, haciéndolos ya bienaventurados.

(1) No abrían el cadáver, sino que lo envolvían con lienzos empapados en ungüentos aromáticos.

1020132423

P.—¿Cómo resucitó al tercero día?

R.—Tornando á juntar su cuerpo y alma gloriosos para nunca más morir.

El domingo, muy de mañana, pasados, desde su muerte, parte del viernes, todo el sábado, y parte del domingo, ó sea al tercero día, subió desde el limbo el alma triunfante del Redentor, acompañada de aquellos santos; vino al sepulcro, y volvió á animar su cuerpo sacratísimo, despojándolo de todas las fealdades y manchas de la Pasión, y parándolo hermosísimo con las dotes de cuerpo glorioso. Resucitó Cristo por su propia virtud; deshizo las ligaduras de la mortaja, traspasó sin moverla la losa del sepulcro, y gozó y goza de vida inmortal. Había el Señor probado su Divinidad con multitud de públicos milagros, y entre ellos la resurrección de varios difuntos; pero su propia Resurrección es el milagro que anunció varias veces, á los que no acababan de creer con los que tenían á la vista: el milagro en que más fuerza ponían los Apóstoles predicándolo primero en la misma Jerusalén, y luego por todo el mundo, hasta dar la vida en testimonio de su verdad y de la fe católica. Los judíos incrédulos habían puesto guardias en el sepulcro y selládolo con el sello de la autoridad; y al encontrarse luego el sepulcro vacío, no hallaron más efugio que sobornar á los soldados para que dijesen, que mientras ellos dormían, habían los discípulos de Cristo robado su cuerpo.—¿Testigos que están durmiendo alegáis?—Dice San Agustín: ¡Vosotros sí que estáis dormidos al portaros de modo tan necio, y tercamente ciegos para no confesar el milagro y adorar á Jesús! La Resurrección de Cristo es figura de la resurrección del pecador á la vida sobrenatural de la gracia, y de la transformación que en su alma se verifica; obra ésta más divina aún que resucitar á un muerto.

A la muerte del Redentor se abrieron repentinamente muchos sepulcros, y muchos cuerpos de santos

132423

que allí yacían, resucitaron después de Cristo, y entrando en Jerusalén, fueron vistos de mucha gente.

P.—¿Cómo subió á los cielos?

R.—Con su propia virtud, á los cuarenta días de resucitado.

P.—¿Qué es estar sentado á la diestra de Dios Padre?

R.—Tener igual gloria con Él en cuanto Dios, y mayor que otro ninguno en cuanto hombre.

Resucitado el Señor á vida gloriosa, no convenía que se quedara en este valle de lágrimas, donde, en forma visible, había ya consumado su obra de Redentor y Maestro del mundo. Su lugar propio era el cielo, siendo el primer hombre que en él entrase, como que con su muerte lo había conquistado para su santísima humanidad y para sus redimidos. Cuarenta días, sin embargo, demoró su ascensión gloriosa, y en ellos se dejó ver y tratar de muchas personas. Apareció á su Madre Santísima para consolarla tanto más, cuanto más había sufrido de amarguísimo dolor al presenciar su Pasión y Muerte. Apareció á las santas Mujeres, á los Apóstoles y á otros muchos discípulos, ya juntos, ya separados, asegurándoles de su Resurrección, hablando y comiendo con ellos familiarmente, y permitiéndoles que mirasen y palpasen las hendiduras de las llagas que le habían abierto los clavos y lanza en la Cruz. Conversaba con los Apóstoles acerca del reino de Dios, ó sea de la Iglesia que fundaba, para que en ella se continuase hasta el fin del mundo la obra de nuestra salvación, y por su medio la pudieran fácilmente lograr los hombres de todas las naciones. Les instruyó en el modo de extenderla y gobernarla; acerca de los siete Sacramentos y de la Misa, confiriéndoles sus poderes, aclarándoles é inculcándoles su celestial doctrina. Entonces nombró Vicario suyo y primer Papa á San Pedro; prometió que en el cielo estaría rogando por nosotros ante el Padre, preparando morada á los que le fueran fieles; que enviaría su Espíritu

132423

Santo para que comunicara vida sobrenatural á su Iglesia, y que El mismo, invisiblemente, estaría siempre con ella y con sus hijos, sin que todas las persecuciones del demonio y de los malos pudiesen jamás vencerla.

El día cuarenta de su Resurrección citó á sus discípulos para el monte Olivete, el mismo donde había comenzado su sagrada Pasión, y que ahora iba á presenciar su triunfo. Allí se reunieron la Madre del Señor, los Apóstoles y discípulos, hombres y mujeres, en número de ciento veinte. A eso del medio día, despidiéndose amorosamente de todos, levantó las manos al cielo, les echó su bendición, y comenzó á elevarse en alas de su propio poder, sosegada y majestuosamente. Todos le seguían con sus ojos y con su corazón, y quisieran acompañarle hasta la gloria. En aquella corte celestial y en el trono más excelso, sobre los espíritus bienaventurados y los santos goza el imperio de cielos y tierra, y desde allí bajará un día á juzgar á los hombres. Una nube ocultó á los ojos de los discípulos la vista del divino Maestro; y dos ángeles les ordenaron recogerse en Jerusalén hasta que fuesen fortalecidos con el Espíritu Santo. Diez días perseveraron todos con María Santísima en oración, hasta que Jesu-Cristo cumplió su promesa, y el Espíritu Santo descendió en forma de lenguas de fuego.

Quedaron los Apóstoles transformados en otros, como que, llenos de sabiduría y fortaleza, salieron de su encierro á predicar, sin temor á la muerte, la divinidad de Jesu-Cristo y su segunda venida.

P.—¿Cuándo vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos?

R.—Al fin del mundo, el día del juicio universal.

P.—Y antes, ¿hay juicio particular?

R.—Sí, Padre; á cada alma juzga y sentencia el Señor, apenas nos morimos.

En el punto que muere cada individuo es juzgada su alma por Jesu-Cristo, juez de vivos y muertos, esto es, de buenos y malos, de los que han muerto y de los

que han de morir. Terrible verdad que nos amonesta á vivir siempre dispuestos y en gracia de Dios, pues á cada paso podemos morir; muchos mueren de repente; y en el estado en que nos coja la muerte, en ese seremos juzgados, sin que después haya posibilidad de arrepentirse. Gran obra de caridad es orar por los moribundos, y procurarles los auxilios de la Religión. La sentencia del juicio particular es, ó cielo ó infierno ó purgatorio: en el universal se ratifica, pero ya no habrá purgatorio, porque los reos de él habrán ya sufrido la condena, é irán al cielo.

¿Cuándo será el fin del mundo? Sólo Dios lo sabe; y aunque le precederán señales horrorosas, que están profetizadas, y un general trastorno de la naturaleza en los astros y los mares, los campos y los ríos, anunciando todo la cercana destrucción de estas cosas que vemos, y trayendo á los hombres en la más pavorosa consternación; pocos harán penitencia de sus pecados. Entonces de improviso aparecerá en lo alto el divino Juez, lleno de gloria y majestad, no para morir en una cruz, sino para pedir cuenta á cada uno, si ha aprovechado las gracias que nos ganó en la Cruz.

A la voz de Dios, que repetirán los ángeles y se oirá por todas partes, resucitaremos todos en un momento; los malos, con cuerpos hediondos, marcados con la señal de los vicios á que en vida se entregaron; los buenos, al contrario, en cuerpos hermosísimos y gloriosos. Todos seremos conducidos, los buenos por ángeles, los malos por demonios, á la presencia de Jesu-Cristo, cerca de Jerusalén, donde ahora está el valle de Josafat, transformado entonces con los cataclismos precedentes. Allí compareceremos en cuerpo y alma, para que la sentencia recaiga sobre todo el hombre: allí aparecerá por qué Dios permite la prosperidad de los malos y el abatimiento de los buenos, y hasta los malos tendrán que reconocer en público la Providencia divina; allí se descubrirá la inocencia

de los calumniados, y la iniquidad de los hipócritas y calumniadores; allí las obras buenas recibirán premio completo, y castigo las malas, en vista de los frutos que han dado hasta aquel día. ¡Cuántas almas, por ejemplo, se condenarán por culpa, en parte, de un escritor impío ó infame; y cuántas deberán á uno bueno el salvarse! Estos son los motivos que se nos alcanzan para que haya juicio universal, además del particular; aunque la razón de las razones es haberlo Dios decretado.

Patentes al mundo entero las obras, palabras, intenciones y pensamientos de cada uno, todo lo que, por ser voluntario, sea digno de premio ó de castigo; Jesu-Cristo, como Juez soberano, pronunciará la sentencia justísima é irrevocable; los buenos á la gloria, los malos al infierno, y en seguida quedará ejecutada; los buenos con los ángeles, María Santísima y con Jesu-Cristo, subirán á la gloria; los malos con los demonios los tragará la tierra, abriéndose sus abismos y cerrándose después para siempre.

¿Y los del limbo de los niños?

Es probable que presenciarán el juicio universal, y cierto que estarán siempre privados de la vista de Dios. Con todo, llevarán con resignación esa justa condena, conociendo que ni son dignos ni capaces de la gloria. Santo Tomás y otros Doctores de la Iglesia son de parecer que amarán naturalmente á Dios, y le alabarán eternamente, agradeciéndole el haberlos criado y resucitado como también el haberlos librado de pecados personales, y de las llamas y tormentos horribles, que los otros condenados sufren bajo el poder de los demonios.

Con lo dicho, apenas ofrecen ya dificultad las preguntas que siguen.

P.—¿Dónde van esas almas?
R.—O á la gloria, ó al infierno ó al purgatorio.
P.—¿A dónde van los buenos?

R.—A la gloria, los que mueren en gracia de Dios.
P.—¿A dónde van los malos?
R.—Al infierno, los que mueren en pecado mortal.
P.—Y al purgatorio, ¿quiénes van?
R.—Los que mueren en gracia, pero debiendo pena temporal, pagada la cual suben al cielo.

Por ley general se muere como se vive: no obstante, posible es el caso de quien viva bien, y cayendo al fin en pecado, venga á morir mal; así como hay ejemplos de conversiones en la hora de la muerte, si bien casi nunca son verdaderas, porque les suele faltar el dolor de haber ofendido á Dios, el propósito de no pecar ó la esperanza del perdón. De todos modos, nuestra suerte eterna pende del bueno ó mal estado en que muramos, porque la muerte pone fin al tiempo, que el Señor concede á cada cual para merecer cielo ó infierno. El purgatorio es terrible, mas pasajero, á lo más hasta el día del juicio final; almas hay que están en él poco tiempo; otras, nada.

Se evita no pecando; con penitencia y otras obras satisfactorias en proporción á los pecados cometidos, y supliendo lo que de aquéllas falte, por medio de las indulgencias.

El artículo *Creo en el Espíritu Santo,* queda ya explicado, y sólo aquí es bueno recordar que el Papa León XIII ha encargado que celebremos con más devoción la fiesta de Pentecostés, como que ese Espíritu divino, tercera persona de la Santísima Trinidad, es también el corazón de la Iglesia, que vivifica á ella y á cuantos están en gracia de Dios (1).

(1) Junio, 1895.

LECCIÓN 10.

Sobre la Iglesia.

P.—¿Por qué seguís diciendo: creo la santa Iglesia católica?
R.—Porque creo que la Iglesia católica es obra de Dios, y tengo la doctrina que ella enseña, y rechazo lo que ella rechaza.
P.—¿Cuántas Iglesias hay?
R.—Una verdadera, como un Dios verdadero, y una fe verdadera.
P.—¿Quién fundó las Iglesias falsas ó sectas?
R.—Satanás por medio de algún heresiarca ó falso profeta, para engañar y perder á los hombres.
P.—¿Cómo decimos la Iglesia griega, la de España ó Toledo?
R.—Mientras obedecen al Papa, son partes de la misma Santa Iglesia católica apostólica romana.

Jesu-Cristo, al fundar la Iglesia y nombrar Vicario suyo en la tierra al Apóstol San Pedro, le dijo, según vimos, que lo hacía pastor de toda su grey, que le entregaba las llaves de ese reino espiritual y celestial; que lo ponía, como piedra fundamental, en ese edificio, enseñándonos con esos tres símiles que la Iglesia única que fundaba, era como un rebaño, un reino y un palacio. Añadióle que á ese rebaño había de llamar á todas las naciones; que á las leyes de ese reino debían someterse cuantos quisieran salvarse, y que en ese palacio habían de recibir la vida de la gracia para llegar á la gloria. Jesu-Cristo, pues, estableció una Iglesia católica, esto es, la misma para todos, con obligación para todo hombre de tenerla por Madre: esa Iglesia, como sociedad perfectamente organizada, consta de partes, que también las tiene un gran reba-

fio, un reino, un edificio; pero esas partes, extendidas por las más distintas regiones y razas del globo, forman un todo homogéneo, profesan una misma religión, pertenecen á la misma Iglesia católica; sometidas á un mismo supremo Jefe ó Cabeza, con la misma fe, los mismos Mandamientos, el mismo sacrificio de la Misa, los mismos siete Sacramentos, la esperanza de una misma gloria, el vínculo de una misma caridad. ¡Obra verdaderamente divina! Pero ¿quiénes fundaron las sectas ó iglesias ó religiones distintas de la católica? Hombres rebeldes á Dios: facciosos, sediciosos, revolucionarios contra el Rey de reyes y su Vicario en un reino que no es obra de hombres, y en materias religiosas, en que sólo Dios y quien de Dios ha recibido sus poderes, tiene derecho para definir y mandar. Tales fueron Arrio, Nestorio, Mahoma, Lutero, Voltaire y demás jefes de herejías y de la incredulidad, verdaderos emisarios de Satanás. Por otra parte, ¿cómo han de ser de Dios y por lo mismo verdaderas y santas dos religiones é iglesias, de las que una cree que Jesu-Cristo es Dios y la otra le mira como puro hombre; una le adora presente en la Hostia consagrada, y la otra lo niega y desprecia; una predica la confesión sacramental, como necesaria para no condenarse, y otra rechaza esa necesidad? Basta no haber perdido el sentido común para conocer que, siendo la Iglesia católica obra de Dios; cualquiera secta que tenga otra religión ú otra Cabeza en religión, es obra del enemigo de Dios.

Esto, además, es uno de los dogmas de nuestra santa fe. Por eso el Apóstol San Pablo, inspirado de Dios, lanza anatema de condenación contra cualquiera, aunque hubiera sido él mismo ó un ángel del cielo, que predicase otra religión de la que enseña la Iglesia católica (1).

Por lo demás, como al fundarse la Iglesia, en gran

(1) Gal., I, 8.

parte del mundo se hablaba el griego y en otra el latín; y el uso de esas lenguas, y de la siríaca, caldea, eslava y otras, se ha conservado en la liturgia eclesiástica de los respectivos países; de ahí los nombres de Iglesia griega y latina, oriental y occidental. Los católicos de esas regiones no forman Iglesia distinta, sino que todos profesan la misma religión y con el mismo Papa por cabeza; mientras que, lo mismo en Oriente que en Occidente y en el Norte como en el Mediodía, los que se han rebelado contra el Papa no son católicos, sino cismáticos; y los que han renegado de parte ó de toda la fe católica, tampoco son católicos, sino herejes ó apóstatas. Así, hay griegos y orientales católicos, y los hay cismáticos, herejes ó apóstatas; y lo mismo respectivamente se diga de Inglaterra, Alemania y otros países.

P.—¿Por qué la Iglesia es católica?

R.—Católica quiere decir universal; para todos los tiempos y naciones.

P.—¿Hay alguna secta católica?

R.—Ninguna: las sectas nacen y mueren; cambian, ó se limitan á una raza.

Desde Adán existió, existe y existirá siempre la ley natural, llamada así, no porque el hombre la haya inventado, ni porque no se ordenase desde entonces á conducirnos á un fin sobrenatural cual es el cielo, sino porque se funda en nuestra naturaleza, y en la revelación y gracia que el Criador otorgó al género humano en su mismo origen. Ley divina, dada para todos los hombres, y por lo mismo universal ó católica.

Otra dió el mismo Dios, y fué la ley escrita, porque la entregó escrita en parte á Moisés, y en parte se la dictó para que la escribiese. No se oponía á la natural, antes la incluía, explicaba y sancionaba, añadiendo muchos otros preceptos tocantes al culto de Dios y gobierno del pueblo hebreo. En esto añadido no quiso el Supremo Legislador obligar sino á los is-

raelitas ó judíos, y sólo hasta que, viniendo á salvarnos, pusiera otra ley más perfecta, que es la cristiana (1). Por donde nuestra santa ley y Religión, en nada opuesta á la ley natural ni á la escrita, las completa y perfecciona; siendo en ese sentido tan antigua como el linaje humano. Es un árbol que plantó Dios mismo en el corazón de nuestros primeros padres, que agostado y casi estéril, por culpa de los hombres, fué cultivado por el divino Plantador con especial esmero entre el pueblo escogido, encargando su cuidado á una autoridad religiosa, por nombre Sinagoga; sin que tampoco diese sino poco provecho, hasta que de un vástago generoso, que fué la Virgen María, brotó el Fruto deseado, el Salvador que, regando el árbol con su sangre preciosísima, le dió nuevo vigor, creciendo desde entonces con tal empuje y lozanía, que extendió sus ramas y celestiales frutos por el mundo, y cobijó á su sombra gentes innumerables de todas las razas y países. Ese árbol es la Iglesia católica.

Mas ¿y la Sinagoga? La Sinagoga, como autoridad religiosa, ya no existe; negó á Jesu-Cristo, persiguió á su Iglesia, y el pueblo deicida fué cortado de aquel místico árbol. Leen los judíos, en las que llaman sinagogas, los libros sagrados, pero como resisten al Espíritu Santo, no los entienden: tampoco ofrecen ni pueden ofrecer los sacrificios de su ley, porque de su templo, que no podía estar sino en Jerusalén, no quedó piedra sobre piedra, sin que todo el oro que poseen, les haya valido en diez y nueve siglos para levantarle de nuevo. De cuando en cuando se han ido algunos convirtiendo á Cristo, y de nuestros días son los Ratisbona, los Drach, Rocca d'Adria y otros, que escriben doctamente para abrir los ojos á los de su raza: ¡mas sobre ella pesa aún la maldición del cielo! Son hoy los judíos los más ricos del mundo; pero ¿de qué les sirve? Los más han perdido la fe hasta en sus Escrituras: des-

(1) SUAREZ: *De legibus*, l. I, c. 8; l. IX, c. 1, y l. X, c. 2.

esperan de que venga ya ningún Mesías; unos creen que vino en tiempo de Jesu-Cristo, y dejada la Circuncisión, usan un género de Bautismo y hasta de Comunión; otros son materialistas dados á la usura y se han afiliado en masa á sectas diabólicas que algunos de ellos dirigen (1).

Por el contrario, la Iglesia católica, siempre perseguida de los malos, como se lo profetizó su divino Fundador, florece y se propaga más y más. ¿Cuándo hubo un Concilio, tan numeroso y tan acorde en sus definiciones, como el del Vaticano? ¿Cuándo adhesión tan unánime al Papa en el Episcopado? ¿Cuándo en los fieles de todo el orbe más devoción para visitar y socorrer al Vicario de Cristo? Según la estadística, reconocida hasta por los mismos herejes, el número de católicos ha crecido, sin interrupción, de siglo en siglo. En el primero llegaron á 500.000, en el segundo á 2.000.000, y aumentándose siempre en el siglo XVI, cuando tantos estragos hizo Lutero con su herejía protestante, eran 225 millones; en el XVIII, á pesar de la gran revolución, 250, y ahora que fenece el XIX, somos alrededor de 280 millones de católicos. De ellos, más de 200 en Europa, 50 en América, y los restantes en las demás partes del mundo. En veintisiete años se han duplicado en los Estados Unidos, y en todo este siglo se han quintuplicado entre Inglaterra, Alemania y otros países, á pesar de que dominan allí los protestantes (2).

Sólo en Inglaterra, durante diecisiete meses (1895 y 1896), se han hecho católicos 15.000 protestantes (3).

(1) *Civiltà Cattolica*, ser. XIV, vol. VI, pag. 112; ser. XVI, vol. III, pag. 320; vol. X, pag. 256, etc.—V. la Introducción al *Símbolo* por Fr. Luis de Granada, quien en la cuarta parte pone de manifiesto la maldición que llevan consigo los judíos,

(2) *Civiltà Cattolica*, ser. XVI, vol. VII, pag. 639.

(3) P. de Mandato Pío, en una obrita que publicó el año pasado, 1897.

Es un hecho histórico que desde los primeros siglos hasta el actual, la Iglesia católica se extiende á todas las tierras conocidas. En nuestros días Pío IX y León XIII han restablecido, ó fundado, ó aumentado la jerarquía católica, esto es, Arzobispados y Obispados, no sólo en Inglaterra, Holanda y Prusia, sino en extensas regiones de América, Asia, África y Oceanía. Es verdad que el número de los que viven fuera de la verdad es mucho mayor, cumpliéndose también en esto el oráculo divino; pero ninguna de las sectas cuenta, ni con mucho, tantos prosélitos como tiene hijos la Iglesia; y además, por la razón que indica el Catecismo, ninguna otra religión tiene visos de verdad, ni es católica. Mahometanos apenas hay sino en cierta raza y comarcas. Su religión, si tal nombre merece, es evidentemente absurda é inmoral, y los pueblos que la profesan yacen en la más estúpida ignorancia (1). Lo mismo dígase de los sectarios de Confucio, Brahma y Buddha, hombres estrafalarios que lograron veneración entre los chinos y los indios, pero casi desconocidos en el resto del mundo.

También los cismáticos viven únicamente en una parte de Europa y Asia, divididos, además, en cosas de fe, y habiendo, en más de un Concilio, confesado su yerro. Los herejes, que no alcanzan todos juntos á una cuarta parte de los católicos, se hallan tan divididos en sectas, de las cuales unas rechazan como absurdo lo que otras profesan como dogma; que ni ellos saben cuántas son, ni apenas convienen entre sí más que en no reconocer á la Iglesia católica.

La propaganda de los ministros protestantes se limita casi á esparcir sus Biblias y librejos con el dinero, que ellos en mucha mayor cantidad reciben de sus gobiernos; en tanto que los Misioneros, y los religiosos católicos de uno y otro sexo, renunciando á sus pro-

(1) V. á Fr. Luis de Granada en su Introducción al *Símbolo de la fe.*

pios bienes, patria y familia, á costa de indecibles privaciones y fatigas, convierten cada año con su santa vida y doctrina, y á veces con milagros y con el testimonio de su propia sangre derramada en los tormentos, miles de paganos á la fe y costumbres cristianas. Léanse los *Anales de la propagación de la fe,* ó también *El Apostolado católico y el protestante,* escrito por el P. Perrone, ó las cartas de nuestros Misioneros en Filipinas.

De los incrédulos ó librepensadores no hay que hablar tratándose de religión, pues hacen alarde de no profesar ninguna; aunque más tarde ó más temprano, el demonio, que sabe y puede más que el hombre apartado de Dios, hace que le adoren resucitando las superticiones gentílicas en las sectas de espiritistas y masones. Y basten aquí estas someras indicaciones para consuelo del católico lector. Sólo nuestra santa madre la Iglesia es á la par una y católica, dotes suficientes, si bien se ponderan, para comprobación de que es la única que Dios ha fundado y sostiene; de modo que los que en ella no viven, lo han de achacar ó á terquedad ó á ignorancia. Hágase un cómputo aproximado, y se tendrán, como observa el abate Martinet, 260 Papas, más de 60.000 Obispos y de 30.000.000 de sacerdotes profesando y enseñando en todas las regiones del mundo cuantos dogmas cree y tiene constantemente la Iglesia católica romana, desde que Nuestro Señor Jesu-Cristo la fundó hace casi veinte siglos, y cosa de mil quinientos millones de católicos creyendo y profesando lo mismo (1).

(1) *La Regla de fe* por el P. Perrone, da mucha luz en esta materia: también el librito de D. Jaime Balmes, *La Religión puesta al alcance de los niños,* y el del abate Martinet, cuyo título es: *La Filosofía del Catecismo católico;* Barcelona, 1865. En rigor, según Sandino, León XIII es el Papa 258.